

en los otros espectáculos civilizadores y racionales en que tanta parte toma, y que parecen destinados á hacer de nuestros vascongados y navarros la gente más culta de España? ¿Qué otro pueblo de la tierra mostró jamás mayor docilidad al suave yugo de las instituciones moralizadoras, y de las Sociedades promotoras de su perfeccionamiento intelectual y material? No conocemos en verdad ninguno que se preste á pasar dos días—y no sólo que se preste, sino que disfrute y se alboroce—presenciando certámenes ya literarios, ya musicales, ya gimnásticos ó atléticos, ora coreográficos, ora de prácticas agrícolas, contemplando en suma, y celebrando y aplaudiendo, las improvisaciones de los Eliceguis y Otaños, las tocatas de los tamborileros y *chunchuneros* Malcho y Mutuberría, la agilidad y brazo de los jugadores de pelota á remonte y á *chistera*, los Echevarría, los Goizuetes y Galarzas; los pulmones y la resistencia muscular de un Luís San Vicente, vencedor en las carreras á pié; la destreza, la fuerza y el nervio del segador y del aserrador. Estos son espectáculos útiles, y buenos y dignos, y el pueblo que en ellos se complace y que de ellos saca partido para aprender, perfeccionarse y morigerarse, es un gran pueblo!

Hoy el pueblo navarro, á pesar de su afición á las justas de los versolaris y tamborileros, prefiere á todo el juego de pelota y las corridas de toros. De los juegos de cartas, y principalmente del *mus* que es su entretenimiento favorito en las posadas, cafés y tabernas, no hablo porque no forman parte del cuadro de los regocijos públicos, que es ahora nuestro tema; pero no puedo olvidar que he visto jugar al *mus* en Navarra hasta dentro de un coche, en el camino de Aoiz á Roncesvalles, sirviendo de mesa de juego el manteo de un cura extendido sobre las rodillas de los jugadores.—El juego de pelota se mantiene aquí á la altura á que llegó en la Edad-media en todo el país vascongado, cuando nuestros jugadores vascos eran llamados á hacer muestra de su habilidad hasta en las naciones extranjeras. No hay en esto la menor exageración: el rey Enri-

que VII de Inglaterra, dice Francisque Michel, mandó pagar á un jugador de pelota vizcaíno 4 libras esterlinas (1). Verdaderamente el documento de que saco esta noticia no expresa que fuera vizcaíno el jugador: dice sólo que era *español*; pero el escritor francés conjeturó sin duda que era vascongado, porque entre todos los españoles eran éstos los más distinguidos en el juego de pelota; mas ¿no pudo ser por la misma razón guipuzcoano, alavés ó navarro?—En aquel tiempo los vasco-franceses disputaban la palma en este juego á los peninsulares, y era tan considerado en Francia este ejercicio, que se le dió en el siglo xvii el nombre de *Juego real* (2). Hasta hace poco han seguido aquellos rivalizando con nuestros vascos: la gloria de los Perkain, Curutchet y Azanza, que fueron las grandes celebridades del siglo pasado, vino perpetuándose en los distritos de Mauléon y Bayona en los Harriague, Gascoñas, Andreaus y Mercapide; pero los mismos escritores franceses reconocen ya que los vasco-españoles «atletas poderosos y reflexivos, que ensayan largo tiempo sus fuerzas, estudian sus naturales disposiciones, las desarrollan con arte y se agrupan luego en compañías, vienen de tiempo en tiempo á probar á los vasco-franceses que España, su madre patria, conserva siempre su preeminencia en los juegos de sus antepasados; (3)» y que los jugadores de la vertiente opuesta del Pirineo, es decir los navarros franceses, se contentan con practicar este ejercicio como meros *aficionados*, y no tienen disciplina, ni organización bien combinada cuando se reúnen para habérselas con los navarros españoles (4).

(1) El documento á que se refiere M. Fr. Michel, sacado de la *Excerpta historica, or Illustrations of English History*, London MDCCXXXI, es una relación de gastos del bolsillo privado de Enrique VII en el año 1494, y trae solamente este renglón el pago á que se alude: *To a Spaniard the tenes pleyes, L 4. V. Le pays Basque*, página 102.

(2) Un opúsculo, no muy conocido, impreso en París en la oficina tipográfica de Ch. Hulpeau en el año MDCXXXII, expone las reglas de este juego y le llama *Le jeu royal de la paume*.

(3) FR. MICHEL, obr. cit. p. 102.

(4) *Les joueurs de ce côté-ci des Pyrénées se contentent de pratiquer l'exercice*

No voy á darte, lector amigo, las reglas de los diferentes modos de jugar á la pelota usados en Navarra: confieso que es éste un arte que completamente ignoro. El juego de pelota viene á ser el mismo en Navarra que en el país vasco-francés, y para instruirte en la parte teórica del que nuestros vecinos practican, creo que no puedes acudir á maestros más concienzudos que Francisque Michel en su obra *Le pays basque*, y Julien Vinson en su libro *Les basques et le pays basque*.—Yo me limito á hacerte observar el cuadro pintoresco que nos presenta un juego de pelota en cualquiera de nuestras poblaciones de la montaña ó de la Cuenca Central.—Publicaba un día el *Eco de Navarra*, periódico de Pamplona, este anuncio (1): «Amantes en alto grado de nuestras tradicionales costumbres, vemos con mucho agrado la afición, cada vez más creciente, al noble é higiénico juego de la pelota. El domingo último, atraídos por repetidos y prolongados aplausos, penetramos en el *Juego nuevo*, y no pudo menos de llamar nuestra atención el magnífico golpe de vista de la plaza. Entre unos seiscientos espectadores luchaban con gran denuedo seis jugadores, tres por cada parte, á largo y con red en el centro. Disputábanse los quince ó tantos, como si dijéramos palmo á palmo, con gran satisfacción de los concurrentes, que prodigaban prolongados aplausos; y no podía ser otra cosa, al ver el admirable modo de jugar de un joven imberbe, que le denominaban el *pequeño*, que después supimos se llamaba Cándido, contra el afamado jugador señor Azcobereta. Vimos también contender al inteligente y distinguido jugador D. Esteban Arribillaga, cuyos conocimientos en la materia son muy considerados, y que el joven en cuestión procuraba aprovechar los oportunos avisos del mismo

*de la paume en amateurs; quand ils se réunissent pour tenir tête aux navarraïs espagnols, ils n'ont ni la discipline, ni l'organisation bien combinée de ces derniers.*  
—FR. MICHEL, loc. cit.

(1) Lo tomo de la EUSKAL-ERRÍA de San Sebastián, número del 30 de Setiembre de 1885.—Miscelánea.

para los diferentes efectos de las jugadas de la pelota. Después de una titánica lucha, se suspendió el partido por lo avanzado de la hora, teniendo el joven y sus compañeros dos juegos, y uno los contrarios, para seis.—Veríamos con gusto se repitiera nuevamente el partido que tan gratísima impresión nos produjo, así como el orden y compostura del numeroso público.»

En los grandes partidos de pelota, en esos que se anuncian con muchos días de anticipación y dan lugar á que acudan al pueblo donde han de tenerse los aficionados de las comarcas circunvecinas, y aun de otras muy apartadas, el espectáculo que la plaza ofrece es verdaderamente hermoso. Figúrate una masa compacta de miles de espectadores, aglomerada en un grande espacio rectangular que termina en una pared alta y lisa: masa abigarrada de hombres de diversas procedencias, que hablan distintos dialectos, todos afines, y en que adviertes como cosas comunes á todos, la chaqueta al hombro, la boina azul echada ya sobre los ojos, ya sobre el cogote, la makilla en la mano y la expresión de una grata expectativa en el semblante. Los menos aficionados y de menos aguante, y los ancianos generalmente, ocupan bancos dispuestos á modo de anfiteatro; los aficionados entusiastas forman en el extremo opuesto á la pared de rebote una como barrera viviente, que ondula en cuanto el reloj de la iglesia da la hora señalada y empieza el interés de seguir de cerca las peripecias del juego. Los héroes del espectáculo, graves y pensativos, están en medio de la plaza fraternizando entre sí y dirigiéndose, como al acaso y distraídos, breves palabras y fugaces sonrisas, que el elemento juvenil del público recoge con avidez; á veces recorren pausadamente el campo del combate observando con ojo atento las distancias y los accidentes del terreno, curándose apenas de las expresiones que les dirigen sus amigos para animarlos. Á la hora de comenzar el partido, al ruidoso murmullo de la multitud sucede el más solemne silencio. Los jugadores, con ligero pantalón sostenido sólo por la faja, en mangas de camisa y libre el cuello, con alpargatas, y

armado el brazo con el indefectible guante de suela ó de mimbre, se dirigen cada cual á su puesto... Y suena el primer pelotazo, y comienzan las emociones. Anímase la fisonomía de los jugadores; anímense también las caras de los interesados en la victoria de cada uno de los dos partidos; y óyense en medio del general silencio el arrastrar de los piés, los anhelosos resuellos, el zumbar de la pelota despedida por el brazo hercúleo con la violencia y la velocidad de una bala, la voz que grita *quince, treinta, cuarenta, juego!* y el sordo bramido que á cada anuncio se levanta de la masa de espectadores, satisfechos unos y pesados otros del resultado de cada uno de los doce ó trece juegos de que se compone la partida.—Este espectáculo dura de cuatro á cinco horas cuando los jugadores son diestros y de fuerzas bien equilibradas. Cada partido de pelota tiene sus jueces, que vigilan sobre la observancia de las reglas del juego y resuelven las dudas; y cuando entre ellos no hay acuerdo, los jueces mismos recogen las opiniones de los espectadores, y es, digámoslo así, el voto popular el que decide.—Compréndese que no se admita discusión entre los jugadores y los jueces: un partido de pelota no podría llevarse á efecto sin esta severa disciplina. ¿Ocurre duda acerca de si una jugada es de buena ó de mala ley? Pues el jugador del partido contrario grita *¡plaza!* lo cual significa que se pide el parecer del jurado ó del público. Declarado este parecer, no hay apelación posible. Así continúa el partido hasta su conclusión: la emoción es indescriptible cuando ya sólo faltan uno ó dos tantos para acabar la partida; y al hacerse el tanto decisivo, rómpese la valla del silencio con violencia tal, que la gritería sólo es comparable á un Niágara de atronadores vivas y de penetrantes silbidos, de que cada partido se adjudica lo que le corresponde. Durante el juego echan los acalorados campeones sus tragos de chacolí ó de sangría, refresco excelente de agua de limón y vino tinto, que les suministran sus amigos, y el pueblo hace gran consumo de aguardiente y tabaco.

El ejercicio del juego de pelota es del mayor interés. Es un juego grande, noble, majestuoso, por la agilidad, la fuerza, el ojo certero y aun la habilidad y la prudencia de que debe estar dotado el jugador. Cualquier gobierno que lo proteja y que le conceda algunos de los alicientes que se prodigan á las corridas de caballos, merecerá bien del país, porque contribuirá al mejoramiento de la especie humana, invertirá en los seres racionales lo que derrocha con los animales, y recabará con usura en tiempo de guerra lo poco que haya gastado en su fomento durante la paz.

Si la afición al juego de pelota distingue á todos los navarros, entre los navarros se distinguen como los más acérrimos jugadores los baztaneses. Siempre tuvieron éstos notabilidades en aquel secular ejercicio, principalmente en lo que se llama juego *de largo*. Un partido de pelota en Elizondo es como un reclamo que atrae gente de toda la comarca; pero por grande que sea el gentío, siempre allí reina el orden á pesar del calor que en los ánimos produce el interés de las apuestas. Con el nuevo juego de pelota de Elizondo, construído en 1860, rivaliza, si no le supera, el de la villa de Santesteban, capital del valle de su nombre, á la cual llaman *el Madrid de la montaña de Navarra* para ponderar sus grandiosos edificios, palacios y magníficos paseos. El juego de pelota de Santesteban es reputado como el primero de toda la provincia, así como su alameda de Iznacordi pasa por la más bella, hasta el punto de que, admirado de ella un hombre de tan buen gusto como Mañé y Flaquer, no titubea en decir que cualquier ciudad de primer orden podría envidiarla.

También al juego de barra son aficionados los navarros, como lo son los aragoneses; pero en este recreo acaso no desuellan tanto como los vizcaínos, que tienen á su Ignacio Onandia, de Murelaga, por el más pujante brazo de todo el suelo vascongado.

La música en el país vasco-navarro merece más considera-

ción y estudio del que generalmente se le consagra. Hay verdadera injusticia en no proclamar á los guipuzcoanos y navarros, en este arte, el pueblo más adelantado de España. Pero la música popular entre aquellos montañeses no puede ser bien apreciada separándola de la letra, con la cual nació, porque es de advertir que siempre que se trata de las manifestaciones del lirismo espontáneo de los pueblos, se habla de obras que son un todo indivisible de música y poesía. Esto supuesto, es imposible que una canción escrita para ser cantada, haga el mismo efecto que con la música, simplemente recitada; y vice-versa, la música sola no puede menos de perder expresión y color cuando se prescinde de la letra para la cual la compuso el anónimo pero inspirado músico del pueblo.

La misma unión que existe entre la música popular y la poesía nacida con ella, resalta entre esa música y el baile, también congénito con ambos: los tres modos de expresión emanaron juntos del sentimiento inconsciente del hombre en medio de las impresiones que recibió al venir al mundo.

No tenemos conocimiento de libro alguno referente á la música de los bailes populares de Navarra; sí del de un crítico muy competente, aunque algo estrafalario, relativo á la música de los bailes de Guipúzcoa; mas siendo unos mismos los bailes y su música en todo el territorio vasco español, puede el lector darse por instruído de lo que son cantos y bailes populares de Navarra con las nociones que consigna el libro á que aludimos sobre estas populares diversiones de los guipuzcoanos (1). D. Juan

(1) Aludimos á la interesante obra escrita en vascuence, que lleva por título: *Noticia ó historia de las danzas más memorables de Guipúzcoa, con las tonadas antiguas y las palabras en verso que á ellas se refieren, y además con instrucciones para bailarlas bien.* «Obra útil y muy necesaria (añade este curioso título á modo de panegírico) para conservar las diversiones sin malicia de los guipuzcoanos y los usos tan dignos de aprecio de estos aborígenes españoles, distinguidos por su ilustración y por la pureza de sus costumbres: cuyo autor es D. Juan Ignacio de Iztueta, nacido en Zaldivia, leal villa de Guipúzcoa, etc. San Sebastián, imprenta de Ignacio Ramón Baroja, año 1824.» —No se encuentran en esta edición las palabras ó letra de las tonadas, que el título promete: la censura prohibió su impresión,

Ignacio de Iztueta que recogió estos cantos, y cuya colección se ha hecho ya rara, goza de autoridad entre los cultivadores del arte musical, y un profesor entendido (1) que le tomó por guía para hacer un estudio de semejantes composiciones, resume de la manera siguiente su juicio acerca de ellas.—Es evidente que casi todas estas tonadas están mal escritas: hay en ellas frecuentes contrasentidos de ritmo y de tono, en que los vascos no han podido incurrir por más inculto que se suponga su sentimiento musical. Únase á esto la falta de interpretación local, y tendremos que no es posible hacer sino apreciaciones deficientes. La vaguedad y la extravagancia son tales, que teme uno habérselas con verdaderos enigmas.—Desde luego, pueden establecerse respecto de los cantos vascongados, dos diferentes categorías: á la primera corresponden las tonadas que presentan una fisonomía nacional bien caracterizada; y entran en la segunda todas aquellas que sin la menor duda son obra de músicos contemporáneos: música francesa muy vulgar, cuya irrupción en el país vasco, juntamente con los bailes á que van asociados, es de muy moderna fecha.

Con las jotas y fandangos peninsulares, las contradanzas inglesas y los interminables rigodones franceses, han recibido los provincianos y navarros, como de sorpresa, los vales vertiginosos, las polkas, los galops, las schottisch y todo género de bailes *aglutinantes* afrenta de la verdadera cultura social. Byron, á quien el solo espectáculo del vals primitivo exaltaba la bilis, con ser aquel baile decentísimo y púdico al lado del vals de nuestro tiempo, ¿qué hubiera dicho, qué negras sátiras no hubiera escrito, si hubiese visto en los obscenos bailoteos públicos de nuestra coro-

la cual sin embargo se hizo más adelante, acompañada de la música y bajo el título de: *Danzas y diversiones inocentes de los antiguos y de los modernos vascos, con la música y las palabras medidas, ó sea con sus versos.* San Sebastián, imprenta de Ignacio Ramón Baroja, 1826.

(1) M. George Amé, por excitación del sabio escritor Francisque Michel, según refiere éste.—V. p. 436 de su libro arriba citado.